**Propuesta para el retiro de febrero, 2018**

***Nuestra vida consagrada: un pequeño gesto de generosidad***

***engrandecido por la mirada de Dios***

Introducción

No me ha costado mucho decidir cuál iba a ser el tema para el retiro de este mes de febrero: *la Vida Consagrada*, nuestra vida de cada día. Un poco más difícil lo he tenido a la hora de dar el enfoque a este tema, porque hay muchas perspectivas desde las que profundizar y desde las que llevarlo a la reflexión y a la oración.

Una de ellas nos viene dada por la festividad litúrgica con la que comenzamos el mes: “La Presentación de Jesús en el Templo” y lo que se dice del Salvador como luz puesta para iluminar al mundo, pero también como piedra de tropiezo, motivo de contradicción en el mundo; otra podría ser la llamada recibida, teniendo como modelos la vocación de los apóstoles o la de la misma María de Nazaret…; también se ha convertido en icono de la vida consagrada en la Iglesia la parábola de las diez vírgenes y la llamada que contiene a vivir en vigilia permanente ante la llegada del Señor. De igual modo, el acontecimiento en el que los evangelios narran la Transfiguración del Señor y la llamada de los tres amigos íntimos a participar de este nuevo encuentro entre el *Padre* y el *Hijo*, en el que la historia de la salvación es traída a diálogo mediante sus personajes más emblemáticos: Elías (la profecía) y Moisés (la Ley), podría servirnos de marco para nuestra reflexión contemplativa.

Pero, mi propuesta, sin quitar nada de importancia a los textos mencionados, se va a centrar en otro muy conocido: el encuentro de Jesús ante los cepillos de la limosna en la explanada del Templo. Se trata de contemplar hoy nuestro estilo de vida desde la mirada de Jesús, y verla como él invita a hacerlo: como un gesto de generosidad que, siendo tan pequeño, no pasa desapercibido a sus ojos, al contrario, suscita su admiración y es causa de una fuerte llamada de atención a sus distraídos discípulos.

El texto de Marcos, recogido también por el evangelista Lucas, en el que se narra el episodio del *óbolo de la viuda* a la entrada del Templo de Jerusalén sirve perfectamente para centrar este día de RETIRO en la contemplación de la grandeza y la belleza que encierra la pequeñez.

Nuestra consagración al Señor, dentro de la Iglesia, es como óbolo dejado generosa y confiadamente en las manos de Jesús, convertido él mismo en el Arca del tesoro del Reino para los hombres y mujeres consagrados por la Divinidad, *Padre-Madre* de toda existencia. No teníamos nada para vivir más que nuestra propia vida y esa la hemos depositado como don ante el Señor. Toda entera, sin reservarnos nada.

Desde el momento mismo de nuestra profesión de votos, unida a la consagración bautismal, nuestra existencia no tiene más valor que el que Dios mismo quiera darle, y la utilidad que de ella quiera hacer el Señor en favor de los hombres y mujeres de nuestro mundo, de este momento histórico que nos ha tocado vivir.

PREPARACIÓN (interior y exterior)

Ya sabemos que u**n día de retiro espiritual es esa pausa que necesitamos en el caminar de nuestras vidas para encontrarnos de una manera más profunda y directa con Dios.** En nuestras Constituciones queda muy claro el contenido que debemos darle.Buscar este “encuentro” con Dios es algo que viene dado desde antiguo, algo que forma parte de la vida espiritual de los hombres y mujeres creyentes, no solo de nuestra fe, sino de todas las grandes religiones de la historia. De ahí la súplica constante y sincera que recorre los siglos:

*“El corazón me dice:*

*–Busca la presencia del Señor.*

*Y yo, Señor, busco tu presencia.*

*¡No te escondas de mí!*

*¡No me rechaces con ira!*

*¡Mi única ayuda eres tú!*

*No me dejes solo y sin amparo,*

*pues tú eres mi Dios y salvador”* (Salmo 26,8-9).

Es una práctica común en la iglesia que no debemos dejar de lado, tampoco abordar de cualquier manera. El gran científico y teólogo, Pierre Teilhad de Chardín, jesuita del siglo XX, tiene un texto que, por muy conocido que sea nunca deja de ser sorprendente. Si lo leemos con atención y nos introducimos con él en la interioridad del ser que propone, podrá ser una buena preparación para dar comienzo a este día de retiro. Dice así:

*«... tomé una lámpara y, abandonando la zona, en apariencia clara, de mis ocupaciones y de mis relaciones cotidianas, bajé a lo más íntimo de mí mismo, al abismo profundo de donde percibo, confusamente, que emana mi poder de acción. Ahora bien, a medida que me alejaba de las evidencias convencionales que iluminan superficialmente la vida social, me di cuenta de que me escapaba de mí mismo. A cada peldaño que descendía, se descubría en mí otro personaje, al que no podía denominar exactamente y que ya no me obedecía. Y cuando hube de detener mi exploración, porque me faltaba suelo bajo los pies, me hallé sobre un abismo sin fondo del que surgía, viniendo no sé de dónde, el chorro que me atrevo a llamar mi vida*» (P. T De Chardin *, El medio divino,* Taurus, Madrid 1972, 54-55.).

El método propuesto por este gran maestro de la mística más cercana es sencillo y a la vez profundo: ir paso a paso avanzando hacia dentro, allí donde surge lo más auténtico de la propia vida:

1. Tomar la lámpara de la Palabra
2. Abandonar *la zona, en apariencia clara, de mis ocupaciones y de mis relaciones cotidianas*
3. Bajar a lo más íntimo, al abismo del propio ser, aún en confusión…
4. Descubrir lo mejor de nosotras mismas, dejándonos asombrar por ese descubrimiento…
5. Encontrarnos ante el “*abismo sin fondo del que surgía, viniendo no sé de dónde, el chorro que me atrevo a llamar mi vida”.*

La autenticidad y la verdad de lo que somos como personas, como creyentes y como mujeres consagradas no lo descubrimos en la superficialidad de la vida sino en aquello que santa Teresa y san Juan de la Cruz llaman “el hondón del alma”, el abismo del propio ser.

**Texto para la reflexión**: ***(Mc 12, 40-44)***

|  |
| --- |
| Jesús, sentado en una ocasión frente a las arcas de las ofrendas, miraba cómo la gente echaba dinero en ellas. Muchos ricos echaban mucho dinero, pero en esto llegó una viuda pobre que echó en una de las arcas dos monedas de cobre de muy poco valor.Entonces Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:  –Os aseguro que esta viuda pobre ha dado más que ninguno de los que echan dinero en el arca; pues todos dan de lo que les sobra, pero ella, en su pobreza, ha dado todo lo que tenía para su sustento. *(Cf Lc 21, 1-4).* |

Ya tenemos en nuestras manos *la lámpara* que ilumina nuestros pasos. Avancemos hacia el interior, dejemos la superficialidad de lo cotidianamente conocido.

Reflexión:

El episodio del óbolo de la viuda nos lleva, a través de la mirada de Jesús, a fijar la atención en un detalle que se puede escapar incluso a aquellos que acompañan al Maestro y que son sus discípulos más cercanos, pero que a sus ojos es de gran valor. Jesús hace que sus discípulos, distraídos, como siempre, caigan en cuenta de un gesto simple que encierra, sin embargo, una gran riqueza: el gesto de una viuda, muy pobre, que echa en el tesoro del templo dos moneditas de poco valor material, pero que son “todo lo que tenía para su sustento.”

Lo de ser una *mujer…* y ser *viuda…* y ser *pobre…* es importante. Viene a ser como la manera que tiene el narrador de decir que la persona en cuestión es *nada* a los ojos de aquellos que la rodean, en la sociedad de su tiempo y también es *nada* dentro del ambiente religioso que implica el escenario en el que supuestamente acontece este encuentro: el templo.

"El óbolo de la viuda" es sinónimo de la generosidad de quien da sin reservas lo poco que posee, todo lo que es y todo lo que posee.

Podríamos pensar que, en nuestro caso no solo hemos depositado unas monedas en el arca del templo, de la Iglesia, sino que hemos dejado ante el Señor toda nuestra vida. Y eso no es poco, es sencillamente todo. Tampoco se trata de haber entregado nuestra vida a la Iglesia, en realidad lo que hemos hecho es entregar nuestras vidas a Dios, dentro de la Iglesia.

La Iglesia, desde el momento en el que cada una de nosotras toma la opción de vivir la consagración bautismal teniendo como centro de nuestras vidas a Jesucristo y viviendo como él en *pobreza*, *castidad* y *obediencia*, se convierte en el “arca de las ofrendas” que acoge nuestra donación física y espiritual. Pero, lo que realmente engrandece este gesto es la mirada del mismo Señor, el aprecio que él hace de esta entrega. Y eso es lo que debe hacernos meditar también a nosotras.

Dios valora nuestra entrega mucho más de lo que podemos imaginar. Tomar conciencia de esta realidad tan gratificante, aunque no debe, en ningún momento, llevarnos a la soberbia o a sentirnos superiores a cualquier otra persona, miembro de la misma Iglesia o de la entera humanidad. Seguimos siendo una pequeña cosa, engrandecida por la mirada y el afecto de Dios. Dios, en la persona de Jesús, se siente afectado por nuestra entrega, por pequeña que creamos que sea: la ve, la contempla y se deja conmover…

“¡Mirad!” advierte Jesús al mundo creyente: Hay entre vosotros ricos que dan de lo que les sobra, pero otras personas, pobres, débiles, aparentemente insignificantes, son capaces de dar TODO lo que tiene para vivir!

Esto es lo más grande de la *consagración*: siendo pobres podemos hacer visible la grandeza de Aquel que nos “ve” y se siente “afectado” por lo que somos y hacemos: Dios mira nuestra entrega y la valora de tal manera que ya no necesitamos ninguna otra gloria, ningún otro aplauso o valoración. Cuánta razón tenía Teresa de Ávila: “Solo Dios basta”.

En medio de un mundo que tanto aprecia los gestos grandilocuentes, que se ufana de hacer tantas buenas obras, que necesita que esas obras aparezcan en las revistas y periódicos y llenen las noticias de cada día… Hay personas que sin creerse NADA, o que sabiéndose poca cosa, insignificantes a los ojos del mundo, son grandes a los ojos de Dios.

Dejemos que esta palabra de Dios nos ilumine. Dejemos que cale en nosotras el sentido del texto evangélico y permitamos que nos muestre ese fondo abismal que está en nosotras mismas y que, saliendo de dentro afuera, alejándose de lo superficial que nos rodea cada día, se convierte en gesto que da sentido a la vida.

No pensemos que eso es solo propio de las enseñanzas del Maestro, que es una parábola inventada a fin de mostrar lo que a Jesús de verdad le interesaba mostrar… ¡Eso acontece hoy! ¡Ahora! Y nosotras somos las protagonistas a los ojos de Jesús. Él ve nuestra pobreza, no la disimula, es más, la señala: *“esta viuda pobre…”* Pero la señala para subrayar lo importante, que no es la condición de mujer sola, indefensa, pobre… sino lo que hace con su vida: *“ha dado más que ninguno de los que echan dinero en el arca”.*

Nuestra consagración es un *más*, un *plus* que deja sorprendido al mismo Señor de nuestras vidas. ¿No deberíamos estar sorprendidas, gozosamente asombradas y agradecidas nosotras mismas…? Si nuestra consagración ha dejado de ser un motivo de gozo y de asombro para nosotras mismas… ¡entonces es que hemos perdido el sentido de nuestra entrega!

A los ojos de Dios sigue siendo un gesto de gran valor, pero para nosotras ha dejado de ser la opción fundamental de nuestra existencia… Ya no sabemos qué hemos hecho ni por qué lo hemos hecho. No es de extrañar que la vida religiosa, en general, y la nuestra en concreto, se encuentre en un momento crucial de su existencia... ¡Necesitamos que Alguien nos devuelva la alegría de la entrega, el gran sueño de nuestra vida! Y, ese Alguien no puede ser otro que el mismo Jesús, el Señor.

Tomamos de nuevo la lámpara de la Palabra y, centrándonos en el encuentro que dos personas ancianas y creyentes tuvieron con la Grandeza de Dios se nos muestra en la pequeñez de una criatura envuelta en los brazos de su joven madre, María, y protegida por la mirada de José. Todos los protagonistas de este encuentro son figuras de nuestra vida consagrada: Simeón, Ana, María, José... y, sobre todo, Jesús. Leemos y meditamos:

|  |
| --- |
| **Texto: *Lc 2, 22-39***  Cuando se cumplieron los días en que ellos debían purificarse según manda la ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor. Lo hicieron así porque en la ley del Señor está escrito: “Todo primer hijo varón será consagrado al Señor.” Fueron, pues, a ofrecer en sacrificio lo que manda la ley del Señor: un par de tórtolas o dos pichones.  En aquel tiempo vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Era un hombre justo, que adoraba a Dios y esperaba la restauración de Israel. El Espíritu Santo estaba con él y le había hecho saber que no moriría sin ver antes al Mesías, a quien el Señor había de enviar. Guiado por el Espíritu Santo, Simeón fue al templo. Y cuando los padres del niño Jesús entraban para cumplir con lo dispuesto por la ley, Simeón lo tomó en brazos, y alabó a Dios diciendo:  “Ahora, Señor, tu promesa está cumplida: ya puedes dejar que tu siervo muera en paz*.*  Porque he visto la salvación que has comenzado a realizar ante los ojos de todas las naciones, la luz que alumbrará a los paganos y que será la honra de tu pueblo Israel.”  El padre y la madre de Jesús estaban admirados de lo que Simeón decía acerca del niño.  Simeón les dio su bendición, y dijo a María, la madre de Jesús:  –Mira, este niño está destinado a hacer que muchos en Israel caigan y muchos se levanten. Será un signo de contradicción que pondrá al descubierto las intenciones de muchos corazones. Pero todo esto va a ser para ti como una espada que te atraviese el alma.  También estaba allí una profetisa llamada Ana, hija de Penuel, de la tribu de Aser. Era muy anciana. Se había casado siendo muy joven y vivió con su marido siete años; pero hacía ya ochenta y cuatro que había quedado viuda. Nunca salía del templo, sino que servía día y noche al Señor, con ayunos y oraciones. Ana se presentó en aquel mismo momento, y comenzó a dar gracias a Dios y a hablar del niño Jesús a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.  Cuando ya habían cumplido con todo lo que dispone la ley del Señor, regresaron a Galilea, a su pueblo de Nazaret. Y el niño crecía y se hacía más fuerte y más sabio, y gozaba del favor de Dios. |

Porque encuentro que la reflexión de una persona puede ser verdaderamente pobre, en este caso la mía, y porque tenemos la gracia de pertenecer a una comunidad de fe que recibe palabras que iluminan *la Palabra* que está en medio del pueblo: Jesucristo, recojo parte del mensaje que el Papa Francisco nos dejó el año pasado en la festividad de “La Presentación del Señor en el templo” (2 febrero, 2017). Tendremos oportunidad de meditar la que se nos ha dirigido este mismo año. De momento, hagamos memoria de lo que se nos dijo, que sigue siendo necesario y actual para comprender el sentido de nuestra propia consagración y testimonio de Jesús en el mundo, hoy. Dijo el Papa Francisco:

Cuando los padres de Jesús llevaron al Niño para cumplir las prescripciones de la ley, Simeón «conducido por el Espíritu» (*Lc* 2,27) toma al Niño en brazos y comienza un canto de bendición y alabanza: «Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos; luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo Israel» (*Lc* 2,30-32). Simeón no sólo pudo ver, también tuvo el privilegio de abrazar la esperanza anhelada, y eso lo hace exultar de alegría. Su corazón se alegra porque Dios habita en medio de su pueblo; lo siente carne de su carne…

El canto de Simeón es el canto del creyente que, al final de sus días, es capaz de afirmar: Es cierto, la esperanza en Dios nunca decepciona (cf. *Rm* 5,5), Él no defrauda. Simeón y Ana, en la vejez, son capaces de una nueva fecundidad, y lo testimonian cantando: la vida vale la pena vivirla con esperanza porque el Señor mantiene su promesa; y será, más tarde, el mismo Jesús quien explicará esta promesa en la Sinagoga de Nazaret: los enfermos, los detenidos, los que están solos, los pobres, los ancianos, los pecadores también son invitados a entonar el mismo canto de esperanza. Jesús está con ellos, él está con nosotros (cf. *Lc* 4,18-19).

Este canto de esperanza lo hemos heredado de nuestros mayores. Ellos nos han introducido en esta «dinámica». En sus rostros, en sus vidas, en su entrega cotidiana y constante pudimos ver como esta alabanza se hizo carne. Somos herederos de los sueños de nuestros mayores, herederos de la esperanza que no desilusionó a nuestras madres y padres fundadores, a nuestros hermanos mayores. Somos herederos de nuestros ancianos que se animaron a soñar; y, al igual que ellos, hoy queremos nosotros también cantar: Dios no defrauda, la esperanza en él no desilusiona. Dios viene al encuentro de su Pueblo. Y queremos cantar adentrándonos en la profecía de Joel: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne, vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos tendrán sueños y visiones» (3,1)…

Esta actitud nos hará fecundos a los consagrados, pero sobre todo nos protegerá de una tentación que puede hacer estéril nuestra vida consagrada: *la tentación de la supervivencia*. Un mal que puede instalarse poco a poco en nuestro interior, en el seno de nuestras comunidades. La actitud de supervivencia nos vuelve reaccionarios, miedosos, nos va encerrando lenta y silenciosamente en nuestras casas y en nuestros esquemas. Nos proyecta hacia atrás, hacia las gestas gloriosas —pero pasadas— que, lejos de despertar la creatividad profética nacida de los sueños de nuestros fundadores, busca atajos para evadir los desafíos que hoy golpean nuestras puertas. La psicología de la supervivencia le roba fuerza a nuestros carismas porque nos lleva a domesticarlos, hacerlos «accesibles a la mano» pero privándolos de aquella fuerza creativa que inauguraron; nos hace querer proteger espacios, edificios o estructuras más que posibilitar nuevos procesos. La tentación de supervivencia nos hace olvidar la gracia, nos convierte en profesionales de lo sagrado pero no padres, madres o hermanos de la esperanza que hemos sido llamados a profetizar.

Ese ambiente de supervivencia seca el corazón de nuestros ancianos privándolos de la capacidad de soñar y, de esta manera, esteriliza la profecía que los más jóvenes están llamados a anunciar y realizar. En pocas palabras, la tentación de la supervivencia transforma en peligro, en amenaza, en tragedia, lo que el Señor nos presenta como una oportunidad para la misión. Esta actitud no es exclusiva de la vida consagrada, pero de forma particular somos invitados a cuidar de no caer en ella.

Volvamos al pasaje evangélico y contemplemos nuevamente la escena. Lo que despertó el canto en Simeón y Ana no fue ciertamente mirarse a sí mismos, analizar y rever su situación personal. No fue el quedarse encerrados por miedo a que les sucediese algo malo. Lo que despertó el canto fue la esperanza, esa esperanza que los sostenía en la ancianidad. Esa esperanza se vio recompensada en el encuentro con Jesús. Cuando María pone en brazos de Simeón al Hijo de la Promesa, el anciano empieza a cantar, hace una verdadera “liturgia”, canta sus sueños.

Cuando pone a Jesús en medio de su pueblo, este encuentra la alegría. Y sí, sólo eso podrá devolvernos la alegría y la esperanza, sólo eso nos salvará de vivir en una actitud de supervivencia. Sólo eso hará fecunda nuestra vida y mantendrá vivo nuestro corazón. Poniendo a Jesús en donde tiene que estar: en medio de su pueblo… ¡Ponernos con Jesús en medio de su pueblo! No como voluntaristas de la fe, sino como hombres y mujeres que somos continuamente perdonados, hombres y mujeres ungidos en el bautismo para compartir esa unción y el consuelo de Dios con los demás.

Para sacarle el mayor fruto a este día de retiro podríamos terminar con un acto comunitario: una *oración compartida* o una *lectura compartida* en la que, después de leer los textos evangélicos propuestos para la reflexión, podemos poner en común aquellos puntos del mensaje del Papa que más nos haya impactado y ayudado a comprender el don de nuestra consagración en la Iglesia.

Y, a modo de *revisión de vida*, podríamos plantearnos el dar respuesta a estas cuestiones planteadas a continuación, o bien a otras que puedan surgir dentro de la propia comunidad:

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

**Cuestiones** ***para la profundización y aplicación del tema***:

1. ¿Te sientes identificada con la mujer que deja en el cepillo del templo “todo lo que tenía para vivir”. Valoras tu vida *entregada a Dios* tanto como el Señor Jesús valora la donación de la viuda?
2. ¿Piensas que la Vida consagrada es significativa hoy dentro del mundo y dentro de la Iglesia? ¿Qué motivos hay para que sea o no algo de gran valor….?
3. ¿Cómo tendríamos que vivir las personas consagradas para seguir dando testimonio de Jesucristo y de su evangelio en el mundo de hoy?